NUM. 17. PRECIO DE LA SUSCRICION.—MADRID, por números sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs. MADRID 23 DE ABRIL DE 1865. PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs.; un año 96 rs.—CUBA, PUERTO-RICO Y ESTRANJERO, un año 7 pesos.—AMERICA Y ASIA, 10 á 15 pesos. AÑO IX.

REVISTA DE LA SEMANA.

De todos los sucesos de la semana, indudablemente es el mayor la completa derrota del ejército confederado en la sangrienta batalla de Richmond. Para que pudiese luchar con el *federal*, sin que lo disminuyesen las guarniciones, los separatistas habian hecho sacrificios inmensos evacuando las plazas fortificadas, quemando los algodones almacenados, destruyendo municiones, víveres, cañones y cuanto pudiese servir al enemigo: el éxito ha probado que el plan del general Lee lejos de aprovechar á la causa que defiende ha precipitado su ruina. Treinta ó cuarenta mil muertos y prisioneros, y las ciudades de Petersburgo y Richmond han sido el botin del general Grant y aun se dice que circunvalados los restos del ejército vencido han teniano que entregarse á discrecion. Si esto fuese cierto, creemos que el golpe puede ser decisivo: si los cincuenta ó sesenta mil hombres que le restan á Lee pueden abrirse paso al través de las columnas federales y refugiarse en el interior del pais, quizá se circunscribiese la pérdida al estado de la Virginia; pero tendrian aun abundantes medios de mantener la guerra en lo interior, de difícil acceso para los vencedores. De todos modos la batalla de Richmon es un gran paso para el restablecimiento *legal* de la union, aunque perjudicial para separatistas y unionistas; para aquellos, porque pierden sus aspiraciones legítimas á la independencia; para éstos, porque la division es tan profunda y tan violenta la soldadura, que ha de temerse que á la menor ocasion se quiebre de nuevo.

Así como cada vez es mas fácil que se quiebre el poder francés en la Argelia: el largo tiempo que sufren su dominacion los indígenas, no ha bastado ni aun para que se mitiguen los odios de raza y de nacionalidad. Cierto que nuestros vecinos apelan para civilizarlos á medios que, estamos seguros, empleados por los españoles nos valdrian los dictados que nos prodigan los estranjeros: el 22 de marzo último, es decir, apenas hace un mes, que por haber muerto unos árabes á unos franceses, se tomó por éstos la medida de *confiscar* los bienes á *todos los habitantes del pueblo* en que habia ocurrido al asesinato. Medida bárbara é inícua; y no la única que aplican á los argelinos los civilizadores franceses. A punto han llegado las cosas que en las discusiones del cuerpo legislativo se ha formulado por el baron Gerónimo David la proposicion de que: «siguiendo la Francia el camino que sigue no hay mas que dos resultados posibles; ó perder la Argelia ó esterminar á los árabes,» creemos mas probable lo primero, que lo segundo.

Si, aunque esa hubiese sido la política española, en nuestras columnas hubiéramos hablado mucho de tolerancia y humanidad, quizá no se nos llamaria en América bárbaros y tiranos y degradados; que condicion es del hombre hacer mas caso de lo que se dice que de lo que se obra: quizá entonces encontráramos hijos agradecidos, en lugar de hermanos caines, en los pueblos que en otro tiempo nos pertenecian. No daria el Perú el espectáculo de rebelarse contra el actual presidente, por haber celebrado un convenio con los españoles. Dícese que la insurreccion es grave: la fuerza pública de Arequipa con su prefecto á la cabeza, ha vuelto contra el gobierno las armas que éste le habia confiado: el general Castilla, alma de la conspiracion, y que habia salido en un buque para cumplir su destierro, ha comprado al comandante y ha desembarcado entre los insurrectos. Porque en el Perú, todo se compra y todo se vende. Las cajas han sido saqueadas, y como allí las rebeliones de cualquier género siempre triunfan de los gobiernos constituidos, y como el derecho público no se respeta por los partidos, así como no se respeta el derecho privado, es muy posible que no reconozcan el último convenio y surjan nuevas complicaciones y tenga que repetirse la segunda edicion de la toma de las Chinchas, por cuyas eventualidades, nuestra fragata *Numancia* ha llegado ya á aquellos países, revocada la órden que se habia dado para que suspendiera el viaje.

Dios haga que no vengan nuevas desgracias á turbar la semi-paz que disfrutamos con las repúblicas americanas, y que otro derramamiento de sangre no encienda la guerra entre naciones, que á pesar de cuanto hagan, no pueden olvidar su comun origen.

Mientras que el Perú se prepara á nuevos disturbios, algo se han aplacado en Portugal, donde por fin ha concluido la crisis nombrando presidente del nuevo ministerio al vizconde de Sa da Bandeira segun presumimos es decir, no ha llegado la sangre al rio como temíamos al ver la belicosa actitud de los partidos del vecino reino.

Cierto que ahora es cuando menos importan una docena de muertos arriba ó abajo; porque todo se reduce á que les enviemos á Mr. Velle, que trabaja perfectamente en la *resurreccion de los muertos*, segun podeis ver en el teatro del Circo, sin mácula ni engaño ninguno. Lo que aconsejo á mis lectores, es que antes de creer en la resurreccion, averiguen bien qué clase de muertos son los que se resucitan, para que no se pueda decir al Mr. Velle lo del personaje de Moliere: «gozan de buena salud los muertos que vos mataís.» Y para que no os vendan gato por liebre, os aconsejo echeis mano del método descubierto por Mr de Martenant de Cordeaux; que es aplicar al cadáver un fósforo á medio centímetro de la carne, y si la ampolla se llena de agua, el cadáver está vivo, y si no, muerto de todas veras, aunque el mismo paciente asegure lo contrario; que siempre es mas creible la ciencia que ha fallado por la defuncion, que la palabra de un cualquiera que la niegue por sí propio, y mucho mas teniendo interés en asegurar que no se ha muerto.

Y la prueba de la infalibilidad de la ciencia en materia de vidas, es que ahora mismo se acaba de descubrir en Inglaterra el *sapo eterno*. Habeis de saber que unos trabajadores arrancaron un pedrusco de una montaña, y al partirlo en trozos, salió del centro un sapo vivo que habia estado incrustado en el centro del peñasco, segun dicen, seis mil años. Que se haya estado el sapito seis mil años dentro de la piedra, no lo creo; pero que se le haya encontrado vivo al partirla, tampoco. No quiero sin embargo disputarlo, porque me repugna dar un disgusto al sapo poniendo en duda su

existencia lapídea y lo pasmado que se quedaria al salir á la luz y contemplar las mudanzas que han acontecido en Inglaterra desde que le encerraron: rostros nuevos por todas partes, y por todas partes personas y trajes desconocidos, sin que por cortedad se atreva á decirles: «buenos dias tengan ustedes». Sabeis pues ya, lectores, el medio de vivir indefinidamente: el que quiera hacer la prueba, se mete en una peña, la cierra herméticamente, y como la destruccion de los cuerpos proviene del contacto atmosférico, libre de éste, se conservará en su estuche, hasta el tiempo en que le parezca á su encargado romper el peñon, para salir fresco como una manzana, y dando saltitos como el sapito de marras.

No es, sin embargo, inescusable este método para vivir mucho; hay un remedio mas fácil, mas casero, y tan probado como éste: la home patía. Asi es que los ingleses, que en materia de cálculos dan quince y falta á Victor Mangiamelle, el famoso italiano, han determinado rebajar la cuota que se paga por seguros de vida á todos los que se curen por la homeopatía, en atencion á que han observado que mueren menos. Pero va á surgir una competencia tremenda: la de las compañías que hacen suyos los capitales de los socios que fallecen, y que han decidido no admitir como socios á los que no presenten certificado de curarse alopáticamente. Veremos quién echa por fin el gato al agua.

Los aficionados á viajes largos están de muy mal humor por la apertura del itsmo de Suez que los pone á media racion. Por el cabo de Buena Esperanza para ir, por ejemplo, de Constantinopla á Bombay, se hacia un viajito regular de 6,100 leguas, que por el itsmo, que ya no será itsmo, se reducen á 1,800; ó sean 4,300 leguas menos: vea usted quién ha de pensar ya en viajes de circunnavegacion, que se concluirán antes de haberles tomado el gusto.

Si no fuera por eso, de buena gana hubiera ido al Cáucaso para comprobar lo que aseguran los naturalistas: estábamos aquí chupándonos los dedos de frio, y allí en el mes de enero florecian las rosas y violetas. Pero ¿para qué quiero yo ir, si sin moverme voy á ver al Cáucaso en Madrid, ó á Madrid convertido en un Cáucaso invernal si prosigue el ardor á la floricultura que se ha desplegado en nuestro ayuntamiento? Rosas y violetas tenemos en la plaza del Progreso; rosas y violetas vamos á tener en el jardin que se hará en la plaza Mayor; violetas y rosas quieren plantar tambien en la plaza de Santa Ana; no van á quedar en la heróica villa tres metros cuadrados libres de flores donde puedan soldados y niñeras, darse las buenas tardes y las malas noches.

Las artes horticultoras progresan, y no menos las bellas y la literatura. En la Carrera podeis admirar un Bruto de Vilches, y tenemos en un teatro *Aventureros*, en otro *Filibusteros*, todo gente de rompe y rasga, mucha valentía, mucho traje, mucha decoracion y un público que aplaude con razon ó sin razon, que es lo que interesa á los empresarios y á los autores. Nos han dado en el teatro Real al nuevo tenor Stigelli, regularcillo, y que en la *Lucia* hubiera parecido mejor si no se comparara su voz con la incomparable de la Patti, á la que os aconsejo que oigais y no mireis.

Y no solo son esas las novedades teatrales: ya está anunciado el *nuevo Diógenes* que busca un hombre y no lo encuentra ¡cosa rara! cuando hay tantos que sobran, y *El Leon del dos de Mayo*, que será regularmente algun brochazo gordo capaz de helar de espanto á la literatura y de embravecer hasta á sus compañeros los leones del Congreso, y estremecer al mismo Napoleon III.

Y aquí es ocasion de que protestemos contra los que dicen que en España se aborrece á Napoleon. A las obras me remito. En Valencia durante la Semana Santa, un caballero... *industrial* se arrodilló á adorar al Señor, dejó dos cuartos en el platillo de las ofrendas y los cambió por un napoleon que relucia entre el cobre, como la luna entre las estrellas del firmamento. Pues cuando se lo llevó, seguro estoy que no era por aborrecerle.

Pero como el recuerdo del tiempo del ayuno aun no se habrá borrado de vuestra imaginacion, no quiero que digais que mi revista es mas larga que la Cuaresma, y por ello corto por lo sano y doy punto hasta la otra semana.

Por la revista y la parte no firmada de este número,

LEON GALINDO Y DE VERA.

RECUERDOS DE VIAJE.

SEMANA SANTA.—TOLEDO.

(CONCLUSION.)

No podrá, si todavía ha de recorrer el viajero los múltiples monumentos de la ciudad, detenerse en los almenados torreones que flanquean el muro por el lado del Poniente, ya sea el de los *Abades*, que defendió heróicamente el arzobispo Bernardo, ni en las puertas de Almaguera y del Cambron, adornada ésta con la efigie de Santa Leocadia, ni en la de la Almofalla, ni en la moderna de Visagra erigida en el siglo XVI, blasonada con imperial escudo, enriquecida con la estátua de San Eugenio y mal restaurada en tiempo de Felipe II, por mas que haya de detenerse en la segunda cerca, cuyos cimientos conservan el recuerdo de Wamba, para contemplar con mas detenimiento la puerta del Sol con sus dos torreones, sus aspilleras, sus grandes arcos de ojiva túmida, y en el interior de herradura, y sus galerías ornamentales de enlazados y pequeños arcos, que acusan los últimos años del siglo XI en el árabe estilo. Continuo á ella habrá tambien de detenerse ante una antigua mezquita sarracena convertida en templo católico, donde se venera el Cristo de la Luz, y donde celebró la primera misa Alfonso el Católico, para dar gracias á Dios de su triunfo; y mientras en vano buscará otro recuerdo de las soberbias mezquitas que en tiempo de los sarracenos sembraban la ciudad de don Rodrigo, podrá admirar magníficas sinagogas en que los descendientes del pueblo Deicida, lograron trabajase en su ornato la raza muslímica que la protegia. Ejemplo de ello encontrará en Santa María de la Blanca con sus arcos de herradura y sus cinco naves sostenidas por cortas y octógonas columnas con caprichosos capiteles y labores del segundo período del estilo sarraceno, y en la sinagoga conocida despues con el nombre de la *Virgen del Tránsito* erigida ya en tiempos de don Pedro por artistas mudejares, que cubrieron los muros de su única nave con prolijos adornos y leyendas de hebreos caracteres: tampoco podrá detenerse en el antiguo palacio de Samuel Leví, que guarda el recuerdo del *célebre nigromante don Enrique de Villena* ni en las árabes casas de la calle de *las Tornerías*, ni en el *taller del Moro*, ni en *la casa de Mesa*, ni en tantos y tantos edificios particuares que conservan en mayor ó menor escala los recuerdos de los delicados y prolijos alarifes musulmanes, si ha de fijarse en otros monumentos que como reyes del pasado dominan aquellas seculares ruinas.

El alcázar reclama ante todo su atencion: cual toledano capitolio, fortalecido por los Alfonsos y Fernandos, embellecido por don Juan II y los Reyes Católicos, asentóse sin embargo sobre todas las antiguas fábricas el estilo del renacimiento en la época del Emperador. Allí dejaron muestra de su ingenio Luis de Vergara, Alonso de Covarrubias y mas tarde Juan de Herrera; y sus patios y sus pórticos, sus almohadillados muros y sus severos cornisamentos, sóbriamente adornados por los artistas, responden admirablemente á la grandeza del soberano restaurador.

No descienda nuestro espíritu levantado con los recuerdos de tan grande obra á examinar los restos de la Inquisicion, que cerca de la Catedral muestra los últimos caracteres del arte en el siglo XV. Fíjese el ánimo con mas agradable sentimiento en la abandonada Universidad, que por la proteccion del gran Lorenzana construyóse de elegante gusto griego allí donde estaba antes el ominoso edificio: fíjese tambien con gratitud en la casa del Nuncio, hospital de dementes, construida en el siglo XVIII, y que guarda el recuerdo del nuncio del pontífice Francisco Ortiz, clemente valedor de los infelices enagenados; y llevados del mismo sentimiento de caridad busquemos el hospital de Santiago, cuya primitiva fundacion data del siglo XII, de cuya época aun conservan recuerdos, y en el opulento y magnífico hospital de Santa Cruz imaginado por el gran cardenal Mendoza, que conserva las huellas de los diferentes estilos que le dieron vida, sobresaliendo sin embargo el plateresco y el florido del renacimiento. Grandioso es aquel magnífico edificio, ya se examinen sus patios y galerías, ya su célebre escalera ó su capilla.

De no menor importancia el hospital de San Juan de Afuera, guarda con el admirable sepulcro del cardenal Tavera, su fundador, el recuerdo de los buenos artistas de los siglos XVI y XVII, aunque alcanzando en su portada la lamentable decadencia del arte.

Pero si apartando la vista de los monumentos de caridad la volvemos á los templos católicos, apenas podrá abarcar ni recordar la fantasía el conjunto de recuerdos que evocan aquellos edificios religiosos, que se alzan por donde quiera en la ciudad del Tajo. La antigua y mozárabe iglesia de Santa Justa, renovada desde su ereccion por Atanagildo, guarda en su recinto, levantado por última vez en el siglo XVI, recuerdos de sus primitivas fábricas: San Sebastian, de no menos antiguo orígen, conserva el recuerdo de los tiempos de Liuva, y su aislada torrecilla con arcos de herradura á orillas del rio. Mas allá, y siguiendo su variado curso, levántase la vieja torre y el curvo ábside de San Lucas, fundacion del godo Evancio, los restos de aquellos remotos tiempos que se encuentran en las ventanas de San Isidoro, y en los agimeces y realzados arcos de la de Santiago, y sus desiguales ábsides, y su ligera torre, y su interior románico, y su retablo de gusto plateresco, iglesia en cuyas naves aun se designa el púlpito desde el cual en los primeros años del siglo XV, hizo oir su inspirada voz el gran misionero valenciano San Vicente Ferrer. San Nicolás y la Magdalena, aunque renovadas en épocas de mal gusto, aun guardan notables páginas para la historia del arte, como sucede con su torre mudejar y la ojival estrella de la capilla mayor con preciosos fragmentos de artesones pintados de azul y oro. En la de la Magdalena llamará la atencion así del devoto como del artista el *Cristo de las Aguas*, imágen de gran culto entre los toledanos. La iglesia de San Miguel con su torre y la techumbre de sus naves tambien de mudejar estilo, recuerdan el antiguo monasterio del mismo nombre, ya célebre en la época visigoda; y San Justo guarda memorias del mismo artístico estilo, en el ábside y en el muro, demostrando cuánta fue la fecundidad y el uso que de aquellos artistas hicieron los cristianos en los siglos XIV y XV. En esta iglesia hallará el viajero, joya de incalculable precio, la pintura mural que representa arrodillado al célebre Juan Guas, inspirado arquitecto de San Juan de los Reyes. Nuevos ejemplos del mismo estilo mudejar encontrará recorriendo los desiertos barrios de Mediodía, ya en la parte esterior de los muros de la iglesia de *Sansoles* ó de San Zóilo, ya en la torre de San Ciprian; y recuerdo, aunque nada mas de la esposa de Alfonso VII la iglesia de San Salvador, donde por ventura permanece intacta la capilla de Santa Catalina, que bien acusa la época de los Reyes Católicos, si ya no conservara en su friso el nombre de su fundador don Fernando Alvarez de Toledo.

En la parroquia de Santo Tomé podrá volver á admirar la magestuosa y cuadrada torre del repetido estilo mudejar, y dentro de sus naves la obra maestra del Greco, representando el entierro del noble caballero Orgaz. La vecina torre de Santa Leocadia vuelve á demostrar el mismo gusto de los artistas mudejares, y en las paredes de la derruida iglesia de San Juan Bautista y en las de San Ginés, tambien destruida, encontrará el anticuario importantísimos restos del arte visigodo, y sirviendo de cripta á la última la tradicional cueva de Hércules, obra romana de que en vano se pretende descubrir el destino.

Sobre todas, domina, sin embargo, la histórica iglesia de San Roman con su torre mudejar, casi idéntica á la de Santo Tomé, sus pilares con capiteles románicos, los rudos exámetros de sus muros, las lápidas de su pavimento, sus antiguas esculturas y su retablo del renacimiento lujosamente adornado, y la memoria de la fiel hazaña de Estéban Illan, y del precoz denuedo del niño rey, Alfonso VIII, á quien sirvió de refugio y fortaleza para recobrar su capital perdida.

Todavía habrán de llamar la atencion del artista, del historiador ó del poeta, el convento de San Clemente el Real, con su gentil portada plateresca, el colegio de doncellas nobles, fundado por el cardenal Siliceo, la elegante sencillez de las Capuchinas, la capilla de San José, con sus copiosas pinturas del Greco y las urnas sepulcrales de sus patronos, la iglesia greco-romana de las Gaitanas, la de Santa Clara con sus retablos platerescos y sus sepulcros, y tantos otros que haria penosa nuestra reseña, entre los cuales no podemos dejar de mencionar el de Santa Isabel con su ancha nave ojival y su esterior de mudejar estilo, el de San Pablo con escelentes cuadros del renacimiento y la urna cineraria del cardenal don Fernando Niño de Guevara, San Pedro de las Dueñas que remonta su orígen á la época de los godos aunque no su fábrica de diferentes épocas, y el convento de la Concepcion con recuerdos tambien mudejares.

Pero sobre todos los edificios toledanos, domina por el tamaño imponente de su masa, la armonía de su interior y la riqueza de sus detalles, la magnífica Catedral, que no sin razon disputa la preferencia á las de Leon, Búrgos y Sevilla. Su fachada principal ó *imafronte*, con sus dos torres la una terminada, la otra cortada á menos de la mitad de su altura con una cúpula de época posterior á la fábrica, levantándose su compañera con seis zonas de arcos ornamentales, arbotantes y agujas, y chapitel aunque mas reciente no desacorde del todo de la obra, á la imponente altura de 324 pies, y sus puertas, la del *centro* ó del *perdon* y las laterales del *infierno ó de la torre* y del *juicio ó de escribanos*, ofrece tanto que admirar en su conjunto de ojival estilo, mezclado con algunas adiciones hechas en posteriores épocas, que volúmenes enteros se necesitarian para describirla y narrar todos sus detalles. No menos riqueza guardan las otras cinco puertas laterales, ya las de estilo ojival de los *Leones*, del *Niño perdido*, y de *Santa Catalina*, la plateresca de la *Presentacion* ó la de órden jónico conocida con el nombre de *Llana*.—Pero la admiracion sube de punto al penetrar en el interior del templo y al mirar aquellas naves de la mejor época del estilo ojival, la suntuosa *Girola*, la Capilla mayor con su magnífico retablo de alerce, el coro poblado de relieves históricos, las notables capillas entre las que descuellan las de los *Reyes nuevos*, de *Don Alvaro de Luna*, *Muzárabe* y *Santa Leocadia*, las magníficas vidrieras del siglo XV, el suntuoso claustro con capillas y pinturas murales, la sala capitular y el riquísimo archivo de incalculable precio; y tantas y tantas joyas artísticas é históricas como en retablos, nichos, sepulturas, lucillos, ornamentacion, alhajas y hasta en vestiduras sacerdotales, guarda aquel magnífico templo, fuente nunca agotada de impresiones para el poeta, de descubrimientos para el arqueólogo, de preciosas noticias y datos para el historiador, obra que por ventura aun subsiste desde que la levantó Fernando el Santo por consejo del insigne arzobispo don Rodrigo Gimenez de Rada, allí donde se alzaba la grande aljama de Tolaitola, convertida en

templo católico por el religioso celo de la esposa del conquistador Alfonso y del arzobispo don Bernardo.

No alcanzó igual fortuna el suntuoso monasterio de San Juan de los Reyes, uno de los mas ricos y últimos monumentos del ojival florido, levantado por la piedad de Isabel la *Católica*, para perpetuar el triunfo de su esposo en la batalla de Toro, que aseguró en sus sienes la corona de Castilla, cuyo magnífico claustro así como la única nave de su iglesia, cubiertas uno y otra con las mas ricas galas de dicho estilo, sufrió todos los horrores de la devastacion y del incendio en el año de 1808 *por las tropas ilustradas del Capitan del siglo*. Por fortuna, pudieron preservarse la iglesia y parte del antiguo claustro, *compensando estos preciosos restos* la pérdida del claustro moderno y de las demás salas del antiguo, devoradas por los llamas y el saqueo con los preciosos códices que enriquecian su biblioteca.

Al llegar á este punto, muévenos á terminar estas líneas su *larga estension*. Y sin embargo, apenas hemos hecho otra cosa que indicar con la ligereza del viajero que atraviesa rápidamente la ciudad de los Concilios, los infinitos tesoros que avalora, su riqueza histórica, artística y monumental, tesoros de que á pesar de sus desgracias y de su abandono solo pudieran privarle los inescrutables decretos de la Providencia.

J. de Dios de la Rada y Delgado.

ANIVERSARIO DE CERVANTES.

LA PLEGARIA DEL CAUTIVO.

I.

Grande rumor y alborolo,
Gran tumulto y algazara
Atruena el puerto de Argel,
Las sus calles y sus plazas.
Atabales y trompetas
Y atronadoras descargas
De arcabuces y cañones,
Anuncian que en la morada
Del Socco, está Ibuf Jaffez
Nuevo rey que el turco manda.
Divididos van los moros
Y ya despiden, ya aclaman,
Al venturoso que sube,
O al desgraciado que baja.
Azan Bajá el veneciano,
A partirse se prepara
A la gran Constantinopla
Con una crecida escuadra
Do lleva inmensas riquezas,
Por su codicia ganadas.
Temeroso vá el buen rey
Y allá en su conciencia trata,
Si podrá mas con el turco
La justicia que las dádivas;
Mas al cabo se consuela,
Diciendo: «para mis barbas,
Que si el turco es gran señor,
El oro no le va en zaga.»

II.

Confuso tropel se agolpa
Sobre la vieja muralla,
Que la puerta Babaziza
De la Aduana separa.
Veinte galeras los muelles
Ostentan empavesadas.
Inquieta y curiosa chusma,
Turbas de esclavos y esclavas,
Genízaros, renegados,
Morisma de toda laya,
De las naves por los puentes
Cargados suben y bajan,
Con aprestos, municiones,
Con armas y vituallas.
Con joyas, géneros, frutos,
Que son de Argel las entrañas
Y labios hay que murmuran:
«Azan, con Alá te vayas,
Que si aquí mas tiempo quedas
Por llevarte te llevaras,
Hasta la yerba menuda
Que crece bajo tu planta.»

III.

Luciendo turbante rico,
Bordado albornoz de plata,
Cintura de hermosas perlas,
Túnica azul recamada,
Azan Bajá el veneciano,
Sentado en la capitana,
Sus órdenes no decreta,
Que ya son ejecutadas.
Nobles moros le despiden,
Deudos y amigos se atajan,
Por besar de su señor
La punta de la almalafa,
Pedirle nuevas mercedes,
O servirle en la jornada.
Esclavos mil le rodean,
De edad y naciones varias;
Su patrimonio mas rico,
Su hacienda la mas granada.
En ella el déspota rey
Puesta tiene su esperanza,
Que lleva hermosas doncellas
De Grecia, Italia y España,
Que harán olvidar al turco
Las de Georgia y Circasia;
Castellanos caballeros,
Gentiles hombres de Francia,
Ministros y capitanes,
Y gente toda comprada,
A precio tan alto y sumo,
Como el rescate lo canta.

IV.

Sobre el castillo de prora
De la nave *Capitana*,
La mano diestra en la frente
Que fiebre intensa la abrasa,
Por mil partes la siniestra
Rompida y desbaratada,
Ardientes, tristes suspiros
Un jóven al aire lanza.
De Algeria mira los muros,
Testigos de su desgracia,
Y sus oscuras prisiones
A vergeles las compara,
Que aun allí el aire respira
Dulcísimo de la patria,
Y cree mandarle en sus brisas
Las tristes quejas del alma.
Mas allá... ¿por qué infelice,
Por qué se asoma una lágrima
Furtiva en sus bellos ojos?
¿No veis cuál la vista clava
En el Occidente, inquieta,
Como buscando de España,
En el risueño horizonte,
La alegre amorosa playa?
Esclavo, grande es tu pena
Separado de tu patria;
Mas ¡ay de tí! si es tu suelo
El noble suelo de España.
Ni habrá campo que te alegre,
Ni flor que tu vista atraiga,
Ni armonía que te cautive,
Ni luz que te satisfaga,
Ni cielo que te parezca,
Como tu cielo de España.

V.

¿Quién eres, noble mancebo,
Que así en edad tan temprana,
Los rudos embates sufres
De estrella enemiga, ingrata?
¿Quién eres, gallardo jóven,
De cabellera dorada,
Que del alma la grandeza
En tu rostro se retrata,
Y el esfuerzo de tu pecho
En tu mano estropeada?
Cervantes es, que á Turquía
Al rey Azan acompaña:
El fiero y temido esclavo
Que muertes mil despreciara:
Él que en Argel deja eterna,
Memoria de sus hazañas:
El que fue de los cristianos,
Sosten, apoyo, esperanza.
No rescatarle pudieron
De sus cadenas pesadas,
De su buen padre la hacienda,
La dote de sus hermanas,
Ni la piedad de ministros,
Que en santo celo se abrasan.
Cautivo en Constantinopla
Sus cadenas se remachan.
El ancho mar que le cerca,
Es tumba de su esperanza.
Ojos que vieron su ida,
Ya no verán su tornada.

VI.

Ya levan anclas las naves:
Ya del puerto se separan;
Al manso viento las velas,
Oponiendo desplegadas.
Atruena la muchedumbre
Con sus gritos y algazara:
Y en tanto el triste cautivo
Desgarrar siente su alma,
Y de dolor en el pecho,
El corazon se le salta.
El viento estiende y agita
Su cabellera dorada,
Como si templar quisiese,
La fiebre con que se abrasa.
¡Deten, oh sol, tu carrera!
¡Vientos! ¡volved á la calma!
¡Aguas! ¡Torced la corriente!
¡Naves! ¡Echad vuestras áncoras!
Atiende, Azan codicioso,
No de la Algeria te partas,
No á la gran Constantinopla
Con ese esclavo te vayas,
De los rizados cabellos,
De la mano estropeada,
Que en el castillo suspira
De tu nave *Capitana*.
Déjale en tierra: ¿qué quieres?
Pide, ordena, ajusta, manda.
¿Quieres en cambio los mares,
De hermosas naves cuajadas?
¿Quières de Tiro la púrpura,
De Helbon la preciada lana,
Tapices ricos de Persia,
Oro cribado de Arabia,
De Golconda los diamantes,
O los perfumes del Asia?
¿Quieres coronas, imperios,
Hermosuras sobrehumanas,
Palacios mil fabricados,
De pórfiros y esmeraldas?
Pide Azan, y en cambio deja
Ese esclavo que arrebatas,
De los rizados cabellos,
De la mano estropeada,
Que en el castillo suspira
De tu nave capitana.
Lo que te llevas, *es mucho*:
Lo que pidieras, *es nada*:
¡Ay! Azan, que el mundo *sobra*,
Si Miguel Cervantes *falta*.

VII.

La noble frente espaciosa
Hácia el cielo levantada,
Convulsos brazos tendiendo,
Hácia las playas lejanas;
«¡Patria mia! ¡patria querida!
¡España! ¡mi dulce España!
Murmura, surcando el rostro
ardiente amorosa lágrima.
¿Por qué has cerrado tu pecho
A la voz de mi desgracia?
¿Por qué me dejas morir
Cautivo en tierras lejanas?
Yo dejé tu suelo hermoso,
Por conquistarte una palma.
Mi vida puse en peligro,
Porque creciera tu fama.
Con mi sangre, de Lepanto
Teñidas deje las aguas.
Mi mano perdí por tí;
Mi pecho abrieron las balas,
Luchando contra los moros
Por tu Dios y tu monarca.
Entre hierros, tu memoria
Ha sido el pan de mi alma.
Por tí arrostré mil martirios,
Por tí desprecié amenazas,
Pensando en tí me dormia,
Pensando en tí despertaba.
Y darte quise este reino
Testigo de mi desgracia.
¡Dulce Iberia! ¡patria mia!
Noble gente castellana,
Queridos hermanos mios,
Amados *padres del alma*,
Recibid de un prisionero
La triste postrer plegaria.
Yo muero en lejana tierra;
Mas cuando salga mi ánima
De aqueste apenado cuerpo,
Buscando region mas alta,
Será tu nombre dulcísimo,
La mi postrera palabra,
Y el último pensamiento
La memoria de mi patria.
Del céfiro blando y dulce,
Irá mi suspiro en alas.
Acógelo, patria mia,
Que un prisionero lo manda;
Y consagra una memoria
Al que lejos de tus playas,
A tu memoria hizo templo
En lo profundo del alma.»
Así por el ancho espacio
El eco llevó en las aguas,
La plegaria del cautivo,
Que lleva el rey Azan Aga,
De los rizados cabellos,
De la mano estropeada,
Que en el castillo suspira,
De la nave capitana.

Lóndres, 15 de abril 1865.

Nicolás Diaz de Benjumea.

RICARDO COBDEN.

El hijo de un pobre arrendatario de Sussex pasaba sus primeros años pastando el ganado de su padre. Puesto en el mostrador de una tienda de ropas, pasó despues á fabricante de lienzos pintados, llegando á ser con el tiempo uno de los manufactureros mas distinguidos del Lancasshire. Llamábase Ricardo Cobden.

Sin duda, reflexionando sobre las altas y bajas del algodon, y las escaseces y crísis que sufria la plaza de Manchester, le ocurrió estudiar economía. Aficionóse inmediatamente á aquella ciencia, y empapado en los principios de Adan Smith, se declaró el campeon del *free trader* ó libre cambio.

Presentóse en su consecuencia un dia en la junta de comercio de Manchester y esplicó su teoria, oyósele primero con gusto, despues con entusiasmo; formóse una asociacion, creáronse sucursales en toda Inglaterra, crecieron los adeptos y quedó formada la escuela.

Proclamó como principio la paz del mundo, y en multitud de folletos trató de probar, que los Estados Unidos y la Rusia, no debian nunca ser considerados como enemigos de Inglaterra condenando por consiguiente la política guerrera de lord Palmerston. Predicó la doctrina de que las leyes que arreglan la produccion, el cambio y el consumo de la riqueza, eran leyes naturales, ordenamientos de Dios y locura é impiedad contrariarlas. Es decir, que puso fuera de discusion los principios de la ciencia que él creia verdaderos, y los elevó á la categoria de dogmas.

Formó primeramente la liga de los cereales contra el monopolio de los señores territoriales, y logró por fin ver vencedora su doctrina. Opusósele sir Roberto Peel; ¡gran capacidad! pero que profesando los mismos principios que Cobden, fingióse su adversario para subir al poder; y en él se declaró públicamente por las doctrinas que estaba llamado á combatir.

RICARDO COBDEN.

Desde entonces la popularidad de Ricardo Cobden fue grande, aumentada por su desinterés, que le hizo rehusar todos los honores con que quisieron recompensarle, y de que dimos ligera noticia en la revista de nuestro anterior número. El tratado de comercio con Francia fue obra suya: viajador infatigable, conocia prácticamente la vida, las necesidades, las condiciones de la industria. Admirado por Napoleon III, pudo antes de morir, haber gozado del triunfo futuro de sus principios cobijados por el poder imperial. Aun cuando equivocando, en nuestro concepto, el medio con el fin, su doctrina contiene grandes verdades mezcladas con grandísimas ilusiones. No se realizará su sueño, pero la humanidad debe tender á él, deseando llegue el dia en que todas las naciones se consideren como miembros de una sola familia, y todos los hombres como hijos del mismo padre.

EL PARQUE CENTRAL

DE NUEVA-YORK.

El terreno que lleva este nombre es el paseo escogido y predilecto de los habitantes de Nueva-York. Toma el nombre de Central por hallarse situado en el centro de la poblacion; efectivamente, está siempre abierto al público, á fin de que todas las clases de la sociedad indistintamente, puedan gozar de los beneficios y placeres del ejercicio al aire libre.

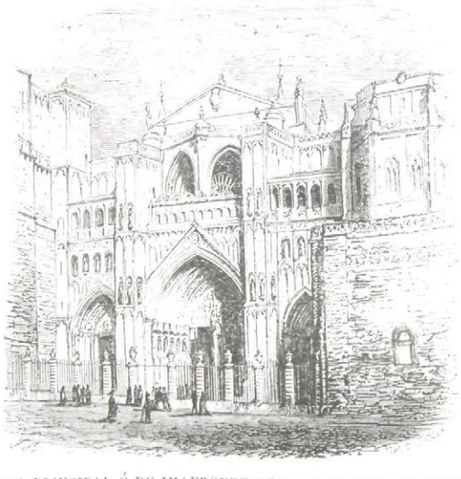
Los caminos carreteros y de herradura, construidos espresamente para carruajes ó para caballerías, proporcionan todos los medios de gozar sin estorbo de esta clase de ejercicio por espacio de 20 millas. Para los pedestres hay anchos paseos y apartadas sendas que serpentean por los bosques y hondonadas. Posee además el parque cuatro suntuosas avenidas mas bajas que el nivel general del terreno, con el objeto de que el tráfico ordinario de los negocios pueda hacerse sin dar un gran rodeo ni interrumpir el paseo, y de que los que vayan por ellas no ofendan la vista ó estorben á los que, aun cuando se hallen en límites de una de las ciudades mas populosas, están gozando de las delicias y placeres de los campos.

Uno de los sitios mas bellos y pintorescos de este delicioso parque, es el mallo, prado ó gran paseo de un cuarto de milla de longitud, y de 200 pies de ancho, adornado de una doble hilera de olmos en toda su estension. El olmo americano es un bellísimo árbol del género de las plantas amentáceas, su tronco blanco hasta cierta altura, su elegante follaje colgante, recuerda á la vez al roble y á el abedul. Michaud le llama el vegetal mas magnífico de la zona templada.

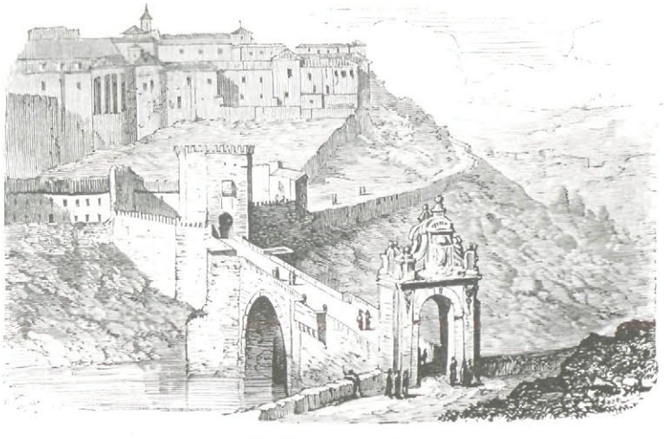
La entrada de la plazoleta está adornada con estátuas, y en el estremo opuesto hay un parterre con una hermosísima fuente, y desde el cual se baja hasta la orilla del lago principal por una escalera de mármol y una galería del mismo material, como puede verse en el grabado que acompaña estos apuntes. Los detalles y adornos son esquisitos y conservados con ese respeto que todo pueblo culto debe conservar á los objetos tanto artísticos como de recreo. El lago tiene como 20 ácres de superficie y está rodeado de lindísimos parterres, uno de los cuales, llamado Rambla, forma laberinto con sinnúmero de arbustos y flores.

Este lago es digno de que el viajero lo visite en carruaje, deteniéndose en los sitios donde éste no puede penetrar. En el verano está cubierto de elegantes botes que surcan sus límpidas aguas, y sirven de recreo la hermosa bandada de cisnes, que la ciu-

MONUMENTOS DE TOLEDO.



PUERTA PRINCIPAL Ó DE IMAFRONTE DE LA CATEDRAL DE TOLEDO.



PUENTE DE ALCÁNTARA.

dad de Husburgo ha regalado á la de Nueva-York. Pero cuando el lago presenta un aspecto estraordinariamente animado es en el invierno, en que el agua se congela, y millones de personas se deslizan con increible rapidez sobre un campo de hielo. Hombres, mujeres y niños acuden á todas horas del dia y gran parte de la noche á patinar. Por lo regular hay siempre, tanto en verano como en invierno, una ó dos bandas de música. Y por las noches, además de las luces de gas, suele iluminarse el lago con luz eléctrica ó de calcio y con gran número de faroles de colores, que prestan un aspecto mágico y encantador á esta escena.

Las maravillas del Parque Central no se hallan terminadas todavía; pero las existentes han costado ya la suma de 20.000.000 de duros. Con esto podrá el lector imaginar que no se ha escaseado ni el dinero ni el gusto y grandiosidad, que hacen del Parque Central uno de los paseos mas magníficos del mundo.

R. Castro y Ordoñez.

UNA VISITA

A YUEN-MING-YUEN.

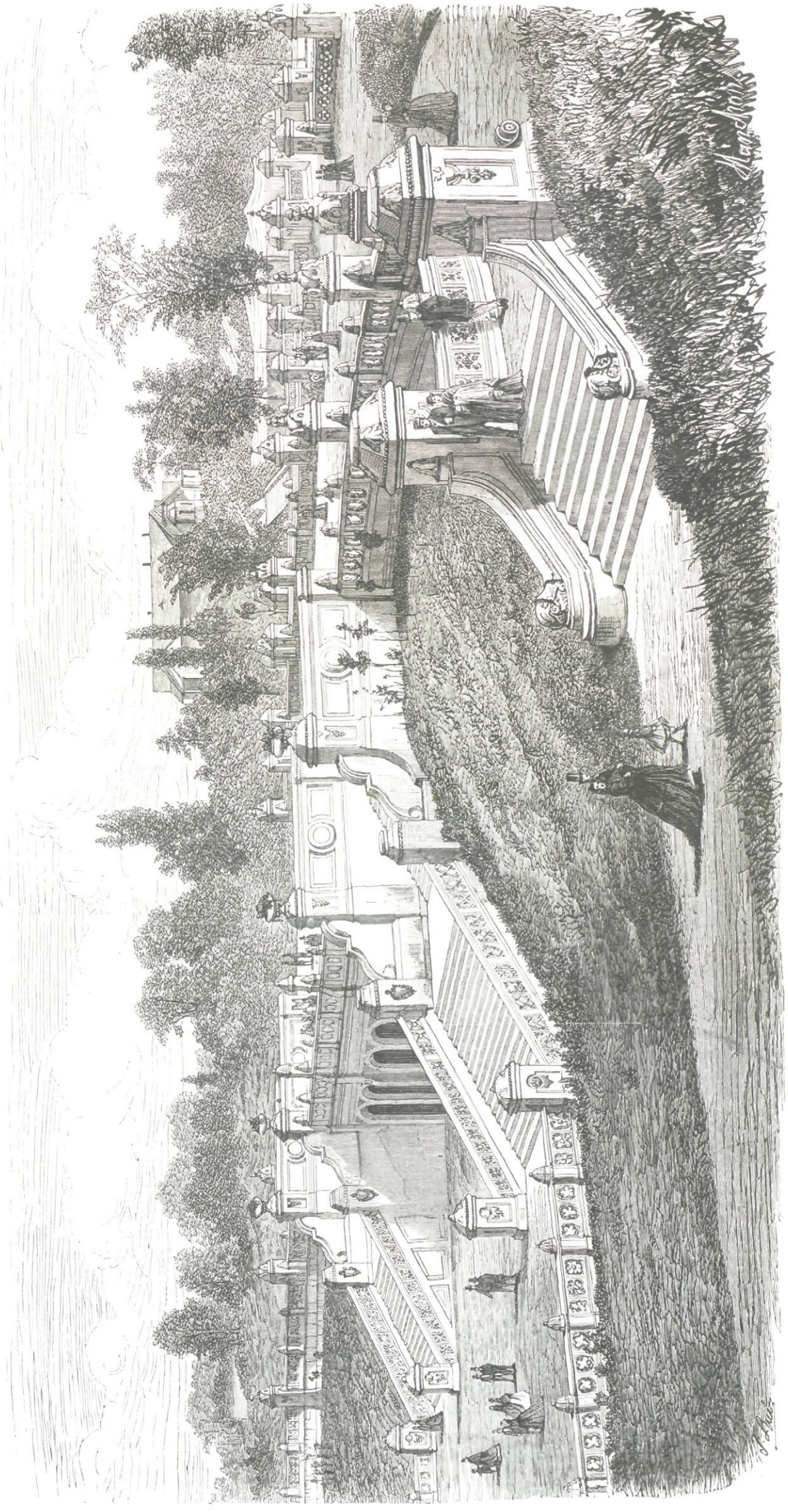
PALACIO DE VERANO DEL EMPERADOR KHIEN-LUNG.

(CONCLUSION).

Tengo que hablaros aun de *Uan-cheu-chan* (la nueva montaña de diez mil longevidades) que es uno de los mas bellos lugares de la China: está casi contiguo á *Yuen-ming-yuen*, del que solo le separa un arrecife, y presenta una eminencia segregada de esa inmensa cadena de montañas que arrancando á setenta leguas de este sitio sobre la costa de nuestro mar oriental, va á terminar en los confines o muy cerca de los confines de Europa.

Yung-tching (padre de Khien-lung é hijo de Khang-hi) adornó esta montaña de una infinidad de elegantes edificios chinos de desigual altura. La cima está coronada con un palacio magnífico, que se descubre á muchas leguas de distancia. Al pie del monte y por la parte del Mediodia, se derrumba una cascada en un espacio de casi media legua, bañando en parte un terraplen por donde termina la montaña. En medio de estas aguas surgen no sé cuántos edificios de varias y bellas formas, y flotan en las tranquilas aguas del lago, unos barquillos espléndidamente decorados é imitando pequeños navíos. Con estos barquichuelos se suelen hacer vistosos simulacros de combates. El emperador reinante (Khien-lung) tiene marcada predileccion por este sitio, que hubiera elegido para su palacio de recreo; pero la etiqueta y la costumbre, que tanto imperio tiene sobre el espíritu de los chinos, se opusieron siempre á su deseo. Cada emperador debe edificar su propio palacio; pues no puede habitar en ninguno de los que habitaron sus predecesores.» (Ensayo sobre la arquitectura de los chinos etc., página 64 y siguientes, Paris, 1803. Solo se han tirado treinta ejemplares de esta obra de Mr. de Latour.)

El autor de los templos antiguos y modernos (Ensayo sobre la arquitectura de los chinos, página 173 y siguientes), ha hecho una descripcion de estos veinte



PARQUE CENTRAL.—BAJADA AL LAGO.— NUEVA-YORK.

grabados de los palacios chinos á la europea. Juzgamos conveniente insertar aquí el estracto siguiente de la descripcion de un dibujo, que tiene por título original estas palabras chinas: «*Han-an thang tching-mien*; esto es: *Fachada meridional del pequeño palacio de la mar serena*.

»Edificio con diez ventanas de frente, compuesto de un cuerpo saliente en el centro con unático y otros dos cuerpos salientes en los estremos. Estas tres partes de la fachada están decoradas con pilastras y columnas que flanquean la puerta de entrada que se abre hácia afuera sobre una meseta de que arrancan á derecha é izquierda dos escaleras, cuyos diversos rodeos vienen á terminar á un patio ó á un jardin. A los dos lados de estas escaleras hay una serie de caños de agua que saltan de unas tazas colocadas en las rampas siguiendo sus vueltas ó rodeos. Estos surtidores son del mismo efecto que los de la cascada de Saint-Cloud, ó las de las gradas de Versalles, que corren desde el Dragon al terraplen. Todas estas aguas vienen á confluir en un gran pilon triangular.

A los dos lados del triángulo hay colocados doce animales de diferentes especies, seis á cada lado; lo que origina y justifica el nombre de *Reloj de agua*, que se da á esta fuente, porque en efecto, á cada hora del dia y segun el número de las horas, estos animales lanzan por la boca ciertos caños de agua que vuelven á caer parabólicamente en el centro del pilon.

En el vértice del triángulo, mirando hácia el palacio, hay un grupo de rocas sosteniendo una vasta concha de que sale tambien un caño de agua precipitándose en cascada por las quiebras de las rocas. Finalmente, cerca de este grupo y en la base del triángulo surge el mas grueso venero, el cual trae origen de un gran vaso elevado sobre el nivel del pilon.

A este le flanquean dos como pirámides, de composicion tan rara, que no es posible describirlas. Hay que omitir aquí muchos detalles de que, si bien se apercibe una vista ejercitada, no puede ni aun apuntarlos la pluma.»

El padre Benoist, misionero francés, que era el director de las obras hidráulicas que nos ocupan escribia desde la China en 1752. «He traido este año las aguas á la misma cámara que el emperador habita durante el calor del verano. Y este príncipe ha hecho disponer frente á su lecho de descanso una especie de patio, cuyo techo construido con nácar de perlas trasparentes, deja penetrar la luz de tal manera, que no se percibe que esta pieza está cubierta. En el fondo se ha levantado un montecillo, donde en pequeños y diferentes paisajes se han hecho palacios, casas de recreo y molinos de arroz: toda esta escena campestre está animada por innumerables saltos, cascadas y otros juegos de agua, propios para recrear la vista y dar frescura al montecillo, cuyo efecto es en verdad pintoresco.»

Tambien decia en otra carta fechada en 1754.

«Aun estoy ocupado en las máquinas hidráulicas para el emperador. Actualmente colocamos en el interior de su palacio, una que ha de conducir el agua alrededor de un trono del príncipe por diferentes circuitos y por canales de mármol. Lo que se hacia en Europa de plomo, hierro fundido ó madera, se hace de cobre aquí; y lo que costaria en Francia diez doblones, le cuesta al emperador mas de diez mil libras. Juzgad, pues del gasto, sin que pueda asegurarse la solidez de los trabajos, en razon de la premura.»

V.

En esta residencia de verano el emperador Khien-lung recibió al embajador inglés lord Macartney en 1793 como igualmente en 1795 á la embajada holandesa de la que Van Braam publicó esta relacion (1). (t. 1.º página 220 y sig.)

«Despues de haber caminado un cuarto de hora á lo largo de la calzada, llegamos á un grande y magnífico palacio ante cuya fachada hay una anchurosa plaza. A cada lado de esta plaza hay un patio, muy bien enlosado y no pequeño, que corresponde á las alas del edificio, destinadas al parecer para alojamiento de los oficiales y mandarines inferiores. Dos pedestales de mármol blanco colocados en los patios sostienen dos enormes leones de bronce, que pueden pasar por bien ejecutados por el artista con arreglo á la idea que tienen formada los chinos de estas fieras desconocidas en su pais.

El primer salon sito al E. del edificio es muy espacioso y guarnecido de infinidad de arañas ó linternas chinescas. En medio se alza un estraño con un sitial que costituye el trono (2.) Atravesando este salon, nos encontramos en un patio interior de forma cuadrada. Al N. y al O. ofrece una vista tan bella y fastuosa como la de la fachada por donde hemos llegado: mientras que la parte del S. solo ofrece la gran puerta de entrada y alojamientos laterales para la servidumbre.

En lo interior de esta puerta que corresponde á la fachada del N. y como para cubrirla hay una roca de gran mole sobre una base de piedras. El trasporte de esta roca debe haber costado un trabajo inmenso, no menos que la operacion de colocarla sobre la base en que reposa; tal es su peso y volúmen. Mil inscripciones autógrafas del emperador y á su imitacion, de personajes de alto rango, decoran por todas partes esta dura y grande masa, viéndose por algunos puntos asomar el gracioso follaje de algun arbusto ó las corolas de algunas flores.

En medio de la fachada septentrional de este patio aparecen dos ciervos y dos grullas de bronce, obras de mediana ejecucion. Al N. está el gran salon de audiencia, con su trono en medio y linternas en todas partes. Nuestro conductor nos ha hecho observar á la izquierda del trono y arrimada á la pared la *carroza* que lord Macartney regaló al emperador el año anterior (1). Está pintada con mucho primor, perfectamente barnizada: el juego es dorado; los arneses y demás arreos están guardados en la misma caja de la carroza, cubierta con una gran camisa. Con sorpresa vi luego en frente de esta carroza y en la parte opuesta del salon una cosa que contrastaba grandemente: era un carro chinesco de cuatro ruedas iguales, pintado todo de verde y completamente parecido á los de la basura en Holanda.

Confieso que este espectáculo me dió en qué pensar. ¿Se habia colocado allí este carro como un epigrama, queriendo oponer la idea de su utilidad á la del lujo? Y en esto meditaba cuando se me dijo, sacándome de mi abstraccion, que aquel carro era el que usaba el emperador en la ceremonia anual en que rinde un solemne homenaje á la agricultura en el templo de la Tierra.

Atravesando despues los aposentos que se hallan detrás de este salon, entramos en el tercer cuerpo ó edificio del O. que solo tiene un saloncito en su centro. El resto se compone de una multitud de piezas unidas irregulares, pequeñas como celdas y correspondiéndose una con otra á modo de laberinto.

Cuando las hubimos visto, el mandarin nos condujo al gabinete favorito del emperador llamado *Tien* (el cielo.) Y efectivamente, el *cielo* es el lugar mas agradable de todos los que se nos han mostrado, asi por su situacion como por las variadas y bellas vistas que desde él se disfrutan. Nada puede igualar á la perspectiva que desde aquí puede gozar el emperador: porque este gabinete está situado en un punto del edificio que da sobre un limpido y sereno lago que besa la planta de sus muros. Este hermoso lago fue el primer objeto que atrajo nuestras miradas. En su centro aparece una isla no pequeña en que han costruido muchos y bellos edificios dependientes de la imperial morada y sombreados por las ámplias copas de árboles gigantes. Un sobrio puente de diez y seis arcos de piedra sillar, que ciñe el lago al E., pone en comunicacion la isla con el inmediato continente.

Volviendo al O. se descubre otro lago mas pequeño que el primero, y del cual solamente se separa por una avenida ó vertiente. En medio de este segundo lago se levanta una especie de ciudadela de forma redonda y en cuyo circuito hay un edificio muy bello. Una abertura practicada en un punto de la avenida que separa los dos lagos pone en comunicacion sus aguas; mientras que un puente de piedra, de una altura considerable y de un arco solo, facilita la comunicacion terrestre.

A una gran distancia aun mas al O., se alzan dos altísimas torres por cima de las montañas.

Finalmente, al N. O., se presenta una magnífica serie de edificios que pertenecen á templos construidos al pie, en la falda y en la cumbre de una montaña completamente artificial hecha con fragmentos de roca; lo que, aparte el gasto de construccion, debe haber costado enormes sumas, porque esta clase de piedra no se encuentra sino á largas distancias de este sitio. Es un esfuerzo del trabajo humano que recuerda la fabulosa empresa de los gigantes que quisieron escalar el cielo.

El interior del gabinete del emperador está enriquecido con una biblioteca y un armario abierto en que se han reunido las producciones chinescas mas preciosas y raras en piedras y antigüedades.»

Estos preciosos objetos han sido despues traidos á Europa y vendidos á pública subasta, han sido muy buscados por los aficionados, cuyos gabinetes adornan hoy. Pero lo que nunca se llorará bastante, es la irreparable pérdida de la Biblioteca formada por Khien-lung en su residencia de verano, que fue incendiada en 1860, por lord Elgin, con todos los palacios que aquel gran príncipe habia hecho construir en aquel sitio.

Felicitémonos de que los representantes de Francia en la China no se hicieran cómplices de aquel acto de barbarie.

Sabemos por un oficial superior francés, que antes del incendio habia visitado estos palacios, que la biblioteca china era lo mas precioso que habia visto. Comprendia, segun su testimonio, tres grandes galerías como las del Louvre, todas llenas de libros colocados de arriba á bajo á usanza chinesca, resguardados con forros de carton, por lo regular vestido de seda. Era una coleccion selecta de las ediciones mas bellas y raras de la literatura china, cuyo solo catálogo redactado por los literatos mas eruditos de la Academia imperial de los Han-lin, forma ciento veinte y ocho volúmenes; pero el número de obras se elevaba á diez mil quinientas, de las cuales las habia estensísimas como el *Ku kin-thu tsi tching* (Enciclopedia de obras escogidas antiguas y modernas, con figuras). Esta obra fue publicada bajo el reinado del célebre emperador Khang-hi, de 1662 á 1724, formando ella sola nada menos que cinco mil volúmenes. Dícese que solo se tiraron treinta ejemplares de ella.

En número y en preciosidad, la Biblioteca del palacio de verano, podia compararse á la que en otro tiempo hacia el orgullo de Alejandría. Aquella como ésta encarnaba la civilizacion de todo un mundo y como aquella ha desaparecido en medio de las llamas, no encendidas en verdad por las necesidades de la guerra.

En resúmen: no podemos cerrar mejor esta monografía cronológica de una de las mas grandes maravillas del Oriente que tomando de la relacion oficial de la espedicion á China en 1860, publicada por el alférez de navío Palla, las palabras siguientes:

«La impresion que produjo la vista del Palacio de verano, en los aliados, en hombres muy diferentes por la educacion, por la edad, por el carácter, fue la misma. Nadie pensó en comparaciones, quedando completamente sorprendidos y espresando nuestra admiracion profunda con una frase igual: Todos los palacios de Francia no hacen un Yuen-ming-yuen.»

¿Qué hemos de añadir á semejante confesion?

G.

(1) Viaje de la embajada de la compañía de las Indias orientales holandesas, cerca del emperador de la China. En frances, Filadelfia 1797 y 1798, 2 volúm. en 4.º

(2) Descrito en la relacion de lord Macartney.

(1) El general Montauban en su «Relacion al ministro de la Guerra» del 12 de octubre de 1860, dice haber visto esta carroza cubierta enteramente de polvo.

CUADROS CONTEMPORANEOS.

LA SOLTERONA.

Si una cepa crece solitaria en desierto lugar y, falta de cultivo, estiende al acaso sus estériles sarmientos revestidos de raquíticos, claros y amarillentos pámpanos, ¿tendrá razon la frondosa vid, á quien la inteligente mano del cultivador, el suculento abono y abundante riego hacen producir pingües racimos, para increpar á su olvidada semejante, y echarle en yema (á falta de rostro) su fatal infecundia? No por cierto: digna de admiracion y tal vez de envidia será la vid; pero digna es la cepa de compasion y respeto, como es digno de una y otro todo ser desgraciado. Pero si la cepa tuviese entendimiento, é irritada por su desgracia, se hiciese estravagante, gruñona y malévola; salvo siempre la compasion, seria lícito censurarla, y podrian tomar legítima posesion de ella el pincel de Goya y el lápiz de Victor Adam.

Perdona pues, ¡oh vetusta doncella! que mi mal cortada pluma se atreva á inspirarse en tus ridiculeces para endilgar un artículo, que ni siquiera tiene por disculpa la esperanza de abrir tus ojos para que, considerándote á ti misma, puedas enderezar los entuertos de tu espíritu y templar las destemplanzas de tu carácter. No; bien se que eres incorregible; en primer lugar, porque, eres víctima de cierta especie de filosomismo que repetidas defecciones han ido depositando en tu limitado juicio: en segundo lugar, porque la desesperacion pasiva á que vives condenada, tiene en profunda cárcel la bondad nativa del corazon; en tercer lugar por una razon patológica que me callo, y en cuarto y último lugar, porque á ti no te da la gana. Pero si para nada te aprovecha mi crítica, salvo para odiarme de muerte, por ventura sea de alguna utilidad á las jóvenes que me lean, y estén predestinadas al piadoso ejercicio de *vestir imágenes*; porque mirándose anticipadamente en el espejo que voy á poner ante sus ojos, pueden advertir las deformidades de un porvenir descuidado, y escarmentando en cabeza agena, como vulgarmente se dice, armarse con tiempo de valor y resignacion cristiana, para aceptar pacientemente la suerte que Dios las tenga reservada.

Encontré al fin un objeto moral para mi artículo, y esto tranquiliza los escrúpulos de mi conciencia, que empezaba á alarmarse, hasta el punto de hallarme casi decidido á abandonar mi propósito.

Pero no pasaré adelante sin hacer primero una salvedad, que acaba de ponerme en paz conmigo mismo; y es declarar en altísima voz que hay muchas personas del bello sexo que, por inclinacion ó por poca fortuna, han llegado célibes á la ancianidad, y se dedican con gusto á ser útiles á los suyos, y estienden su caridad hasta donde su poder alcanza, y sinceramente se dedican á amar y agradar á Dios: santas y sublimes mujeres á quienes envio el tributo de mi admiracion y respeto, y á las cuales de ningun modo comprendo en mi crítica; porque sabido es que no hay estado, profesion, ni situacion alguna, en que la persona no pueda ostentar con todo su brillo la dignidad con que plugo al Supremo Hacedor señalar á su criatura predilecta.

Yo conozco á mi solterona entre cien viejas. Las he estudiado mucho, y además tienen un sello especial que á primera vista las distingue de las demás mujeres.

Es enjuta y tiene los labios delgados á puro comprimirlos con despecho: tiene los ojos un tanto salidos de sus órbitas, efecto de haberlos hecho jugar con esceso: el cuello es largo necesariamente, pues tanto vol-

verse, revolverse y estirarse para ver si llega lo que no llega, no puede menos de causar alguna dilatacion en el sentido de la longitud; se ve circular la bilis por debajo de su acartonada piel; y por fin, viste casi siempre con marcada mogigatería, y algunas veces con estremada pretension, ostentando adornos y colores del género churrigueresco. En este último caso lleva sobre el rostro una capa de arrebol que, contrastando con las arrugas y demás desperfectos de su físico, ofrece un aspecto risible en sociedad, horripilante en sueños.

No encontrareis una sola que no sea soltera por voluntad propia. «El matrimonio... ¡que horror!.... ¡doblar la cerviz ante un marido! ¡Sufrir la tiranía conyugal, renunciando á su dulce libertad! Y ¿por quién? ¡Por un hombre?... ¡Válgame Dios! ¿Merecen esos bichos que una mujer les sacrifique la flor de su juventud, los perfumes de su alma, los mas delicados sentimientos de su corazon? ¡Ellos, los egoistas, los infieles, los monstruos!... Esos potros que los domen otros.»

Y mientras eso os dicen, os devoran con los ojos.

«Es verdad que allá en su *primera* juventud (las solteronas nunca son viejas) cuando aun la esperiencia no habia abierto sus ojos, rindió tributo á eso que se llama amor; pero en cuanto se completó su juicio... ¡oh, entonces!...

Sin embargo, tal vez se hubiera contraido conyugal consorcio por razon de estado únicamente, pero ¡era tan difícil la eleccion entre la multitud de galanes que pretendian su mano! y luego... (aquí una sonrisa de satisfaccion picaresca) ¡era tan exigente!... Pero—¡ya se ve!—ellos mismos le daban derecho á serlo con sus adulaciones.

Entre otros habia un teniente de caballería, buen mozo, hombre fino y de talento, valiente como el Cid: vivo como la pólvora, y mas enamorado de ella que Don Quijote de Dulcinea. Pero... eso de la vida militar... las marchas... las angarillas... el alojamiento... ¡Quita, quita!

El tratante en maderas paleaba el dinero y tenia buenos ojos; pero ¡si era tan mazacote como su mercancía, y no sabia presentarse en sociedad, ni saludar con gracia, ni!... Positivamente merecia ella otra cosa.

Aquel abogado la hablaba en términos forenses capaces de hacer bostezar á una estátua de mármol. El comerciante la hubiera recibido como un saco de cacao ó cuando mas como un socio, y hasta era capaz de sentar su entrada en el libro de caja. Un mayorazgo que estaba loco por ella, tal vez la hubiera convenido, pero jamás consiguió enseñarle á hacerse el lazo de la corbata, y cayó en desgracia por eso... (carcajada) ¡qué locuras!

Amadeo el poeta... ¡oh! Ese sí que era de su gusto, y tanto que un dia... un dia faltó tan poco... ¡pero tan poco!... sin embargo, no fue nada; ella se disgustó al fin de sus versos, y el pobrecillo, desesperado, se metió clérigo.

Despues, se decidió al fin á casarse por complacer á su familia, y dió su palabra á un hombre muy amable y muy rico: solo tenia un defecto: tocaba el violin, y le tocaba mal, pero prometió renunciar á la música, y ella accedió á despojar su altiva frente de la corona de azucenas.

La cosa iba ya formal: estaba muy próximo á consumarse el sacrificio, cuando en una comida de campo tuvo la audacia el muy menguado de pronunciar las palabras de «amo de casa y autoridad marital,» y el compromiso quedó roto en el acto.

¡Pobre jóven! En un acceso de desesperacion quiso suicidarse. No eligió la pistola porque tenia horror instintivo á la pólvora; tampoco se decidió á ahorcarse, porque el columpio le mareaba. Se arrojó al mar... pero sabia nadar mejor que tocar el violin, y antes que tuviese tiempo para atracarse de agua, lo sacaron á la orilla. Mas tarde se fué á América y murió del vómito negro.

Ya se sabe; todos los amantes de las solteronas tuvieron un fin desastroso: todos han muerto. ¡Vaya usted á comprobar la verdad de sus historias!

Yo sospecho que ellas trabajaron en su tiempo, como cada hija de vecina, para pillar en sus redes uno de esos monstruos que tanto aborrecen, y á cuya caza sin embargo, se dedica toda mujer desde que se viste de largo, ó á lo menos desde que empiezan á disiparse las primeras ilusiones un tanto romancescas de la edad juvenil.

Positivamente, á los veinte y cinco años empezó mi tipo á alarmarse sériamente. Hasta entonces habia coqueteado al descuido, pero desde que comprendió que le quedaba poco tiempo que perder se engolfó en profundas meditaciones, concentró sus fuerzas seductivas, y se dedicó con asiduidad á *hacer un marido*. Sus ojos cobraron una espresion fascinadora, su sonrisa se hizo tierna, sus palabras melosas y falagueras: su todo era el de un buhonero que trata de despachar su mercancía de relumbron, ó de un mendigo que pide limosna.

Los galanes se iban haciendo cada vez mas raros alrededor de la pretendiente, y en vano la pobre muchacha tomaba aires lánguidos y estudiaba posturas capaces de conmover un corazon de diamante: á los treinta años se encuentra sola y olvidada hasta de los viejos verdes.

Para entretener el fuego sacro que cunde por sus venas, llegada á esta época de su vida, lee novelas, prefiriendo siempre las mas volcánicas y patibularias. El romanticismo puro es el alimento espiritual mas á propósito para estas naturalezas famélicas. Victor Hugo, Dumas, Davigny; esos, esos saben hacer vibrar en *forte crescendo* todas las cuerdas del corazon de una vírgen de treinta agostos.

En sus lecturas crea un ser fantástico adornado de todas aquellas cualidades que mas la agradan, y le busca con afan entre la multitud; porque su imaginacion, exaltada por el deseo y por los ensueños de los novelistas, la persuade que ese ser existe, y la busca á ella, y se encontrarán al fin; y, cosa singular, en sus investigaciones se fija con preferencia en los pollos de diez y ocho á veinte. Esto sin perjuicio de que si entre tanto se presentara otro marido, fuese viejo, feo, ordinario, ó... aun pobre, no le dejaria escapar. ¡Oh! sobre eso tiene tomado su partido de una manera irrevocable, con perdon de la poesía romántica.

Pero, ni jóven ni viejo, ni bonito ni feo... nada. Los hombres pasan por delante de ella sin mirarla siquiera. ¡Estúpidos! ¡Si supieran cuántos tesoros de amor, y por consiguiente de felicidad, encierra ese corazon que desprecian!

Diez años, ya se sabe, pasan como un soplo, y si son diez años decisivos, si se teme verlos fenecer sin haber alcanzado lo que ansía el corazon... ¡ay! ¡pasan en medio soplo, en una décima de soplo!

¡Cuarenta años!... ¡Adios esperanza! ¡Pérfido Antony! ¡Paolo cruel! ¡Cristian de los demonios! ¿Dónde os habeis metido, que así abandonásteis á vuestra Margarita, ó vuestra Clotilde, ó vuestra Teresa? ¡Adios esperanza: adios para siempre!

Y la solterona se hace entonces devota. Lo que los hombres no quisieron, lo ofrece ella á la Iglesia, madre siempre buena y cariñosa que todo lo acepta.

Desde antes del alba se la ve en la iglesia con un vestido negro mal cortado y peor puesto, pero en cambio nada limpio: su nombre está inscrito en todas las hermandades y cofradías de la parroquia; tiene silla en la iglesia, asiste á todas las funciones matutinas, vespertinas y nocturnas; conoce al rector, saluda al capiscol, trata al sacristan y habla con los monaguillos. Estos últimos, á cambio de confites y golosinas la tienen al corriente de todas las intriguillas de amor que suelen liarse entre las columnas del templo, para ir á desenlazarse mas tarde en la capilla de la comunion, ante el cura y los testigos.

Hace ayunar á su canario los siete viernes, y pasa las horas enteras cantando el Santo Dios con su cotorra.

Si solo en esto empleara el dia, lejos de censurarla ocuparia mi lengua en decir sus alabanzas; pero es el caso que la pobre mujer, sin advertirlo ella, reparte su tiempo entre Dios y el diablo.

La intolerancia y la maledicencia, son el descanso de su oracion y prácticas piadosas. Sobre todo se ceba con encarnizamiento en las jóvenes ¡cosa singular! toda la cólera que antes esperimentaba contra los hombres, que al fin habian cometido el crimen de no apreciarla en lo que valia, la ha convertido contra las muchachas casaderas, que nada la han hecho que yo sepa. ¿Porqué será? Pero recuerdo ahora un pasaje referido por Alfonso Karr, que me lo esplica todo.

—¿Desde cuándo son ridículos los jóvenes de veinticinco años y las muchachas de veinte? decia un caballero entrado en edad, á una señora su contemporánea. Esta le respondió.

—Desde que nosotros hemos cumplido los cuarenta y cinco.

Y en efecto, la apergaminada vírgen que en su verdes años no se saciaba de baile, algazara y otros escesos, no sabe comprender ahora cómo una jóven puede pasar la noche entera en una fiesta; ni como se prefiere el paseo al sermon; la ópera al rosario; y el adorno y compostura á el ayuno y el cilicio.

Se casa fulanita... ¡Aquí fue troya! El furor de la rancia solterona ya no conoce límites: de su boca sabe todo el que lo quiere oir, quién fue el abuelo de la novia, su vice-abuelo, y su tatarabuelo; y cómo se enriqueció su padre; y qué educacion recibió ella; y de qué pie cojea, y qué ojo le lagrimea; y... y lo que hay y lo que no hay. En una palabra, ya que no pueda arrancarla de la frente la corona de desposada, pugna por deshojar al menos algunas de sus flores.

No hay agente de policía secreta que sepa mas cosas que la vieja casadera: ella sabe todo la que pasa y mucho mas; con esta condicion: que si sorprende un secreto, siquiera interese á la vida ó á la honra, lo publica sin miramiento; porque dice que no está obligada á guardar secreto que no se le confia, y que cuando ha llegado á su noticia, por supuesto sin poner nada de su parte (la solterona protesta siempre que todo lo sabe sin preguntar ni averiguar), es señal de que no es secreto.

Si para evitar ese mal, y así como suele pagarse tributo á los ladrones para poder pasar por un camino sin tropiezo, la confiais el secreto, en ese caso ya varía de especie: positivamente no lo publicará; pero se lo contará á todo el mundo en voz baja, y encargando la mayor discrecion.

¿Vísteis alguna vez á la puerta de una iglesia, cuando vá á empezar ó acaba de concluir una funcion religiosa, un grupo de beatas de las señas que dí al principio de este artículo? ¡oh, temeroso cociliábulo! ¡oh negro nubarron, preñado de sapos y culebras!

Aquello es, para las solteronas como el bolsin para los corredores: allí se cambian noticias por noticias, comentarios por comentarios: allí se cotizan las honras: allí con el rosario en una mano y el ejercicio cotidiano en la otra se da *crédito* á las cosas, y se quita el *crédito* á las personas.

¡De sábado de solteronas, *liberanos Domine*!

En resúmen: la solterona vive aborreciendo y maldiciendo, temida y aborrecida; muere... como Dios la da á entender, sin que nadie derrame lágrimas, y arrancando, cuando mas, uno de esos suspiros que lanza cualquiera al sentirse libre del peso que le oprimia.

Esta es la solterona en vida y en muerte, la mayoría de las solteronas. Pasó por el mundo haciendo mal: como la cepa estéril por falta de cultivo, que empleó sus pámpanos en alimentar orugas dañinas para la vid fructífera.

No la aborrezcais sin embargo: ella se vió abandonada por los hombres, y el amor propio herido es un huesped molesto aun para el alma de mejor temple: los tesoros de amor conyugal y maternal que Dios ha depositado en el fondo del corazon de toda mujer, faltos de objeto se evaporaron, dejando vacía la cavidad mas noble de la entraña: pudo sí llenar todo su corazon con el amor de Dios y del prójimo; pero... era mujer y estaba herida. Dió en el pecado de la ira. ¿Quién está sin pecado?

Perdonadla, pues: respetadla y compadecedla con caridad.

JUAN ANTONIO ALMELA.

PROVERBIOS EJEMPLARES.

MI MARIDO ES TAMBORILERO, DIOS ME LO DIÓ Y ASI ME LO QUIERO.

(CONCLUSION.)

X.

La amabilidad de doña Toribia con el baron; el rubor, la timidez y el silencio de la jóven, (únicas respuestas que Dolores ha dado hasta ahora á las galanterías y lisonjas de éste, el cual las convierte en sustancia,) no menos que la eterna jovialidad de don Pablo, son los motivos principales que afirman á nuestro héroe en su idea de que todo le sale á pedir de boca y de que es llegado el dia de recoger el anhelado fruto.

Esmérase Crisóstomo en la limpieza de la ropa de su amo, y una carretela descubierta, *propiedad* del baron mientras pague el alquiler y arrastrada por dos caballos, no muy fogosos, pero que parecen lo contrario, conduce al pretendiente hasta la casa de No.

El plan del baron consiste en hacer la demanda, primero á la madre de Dolores; una vez obtenido su consentimiento, emprenderla con don Pablo, que es de suponer no le niegue el suyo: la docilidad de la muchacha le responde de lo demás.

Para abreviar, diré que doña Toribia recibe con mil amores su peticion; la chica asegura que ella no tiene mas voluntad que la de sus padres.

Falta don Pablo. Su misma cónyuge, con mas ligereza de lo que permiten la mole de su cuerpo y la pesadez de sus piernas que, por su desarrollo escesivo deben ser dos guarda-cantones, se dirige á la escalera que, como sabe el lector, termina en la tienda, y desde allí, desde lo alto le dice á su marido que suba.

Un «allá voy» de don Pablo, la hace retirarse y tomar nuevamente posesion del sofá, que cruje al recibir la carga de su cuerpo.

Pero el comerciante no sube; por cuya razon la anciana repite hasta tres veces la llamada.

Finalmente, preséntase don Pablo en la sala, seguido del perro que da furibundos avances al queso atado en la punta del bramante, el cual obedece al movimiento alternativo de alza y baja que don Pablo le comunica con singular destreza, para tormento del animalito y recreo suyo.

—Señor don Pablo—dice el baron, yéndose derecho al grano—usted debe haber conocido las rectas intenciones con que frecuento su casa; yo aspiro á la dicha de pertenecer á su familia, y solo de usted depende ya la realizacion de mis esperanzas.

—Sí, en efecto, me figuro qué intenciones son las de usted; esclama el comerciante, con afabilidad suma.

—¡Yo amo á Dolorcitas!

—Sea enhorabuena.

—He consultado á su señora madre...

—¿Y qué?

—Me otorga su beneplácito para... en fin...

—¿Y la niña?

—Se abandona á la voluntad de su querido padre.

—Mire usted, señor baron—esclama de repente don Pablo—yo soy muy formal y muy claro en todas mis cosas.

—Lo mismo que yo: la claridad y la formalidad son precisamente los distintivos principales de mi carácter.

PERRITOS FALDEROS DE LA CEIA.

—En ese caso, creo que nos entenderemos pronto...

—¿Quién lo duda? prorumpe con júbilo, el baron dando ya por concluido el negocio.

—Mi costumbre de mirarlo todo bajo el punto de vista comercial, me servirá de disculpa si aparezco interesado al interrogar á usted, á mi manera, sobre ciertas particularidades: algo ha de perdonarse al cariño de un padre.

—No diga usted algo, don Pablo: ¡todo! ¡todo! Yo no me paro en pelillos.

—Pues bien; permítame usted que le pregunte, en primer lugar, con qué medios cuenta para mantener á mi hija.

Esta sencilla pregunta cae sobre el entusiasmo del novio como si le echasen encima un jarro de agua de nieve.

—¿Con qué medios cuento, eh?

Don Pablo sube y baja el bramante, y el perrillo brinca y baila que se las pela.

—Precisamente; dice el comerciante.

—Si hubiera de enumerarlos circunstanciadamente, le privaria á usted de un tiempo precioso para atender á sus obligaciones.

—No le detenga á usted ese escrúpulo.

—Señor don Pablo, no soy amigo de abusar de nadie, y no abusaré de usted. Además, el temor de que nos falte para vivir, jamás ha pasado por mi mente; ofenderia á usted con sólo imaginarlo.

—Gracias!

—Es justicia, don Pablo.

—¡De manera que vivirá usted de sus rentas! eh? ¿No tendré yo necesidad de distraer ni un maravedí del capital que poseo, para dotar á Dolores?

—Usted puede hacer lo que guste, señor don Pablo; yo en este punto ni entro ni salgo; únicamente me permitiré indicar que convendria, aunque sólo fuese por el qué dirán... ¡porque la sociedad es tan exigente!

—¿Qué és lo que convendria?

—Que señalase usted á Dolorcitas una... pero ¿quién habla de esto? Usted habrá pensado ya en lo costoso que es llevar decorosamente un título de nobleza; porque el carruaje, la servidumbre, el veraneo, en fin, el tren, el boato, la... ¡Ah! se me olvidaba: hemos de disputar dos pingües mayorazgos que hoy disfrutan personas del todo estrañas á mi familia; si señor, les pondremos la ceniza en la frente, armados, usted con su numerario, y yo con mi derecho.

—Yo soy moro de paz.

—Pues no pleitearemos.

—Lo que es, por mi parte, no.

—Igualmente por la mia.

—Sin embargo, á veces hay que pleitear á la fuerza.

—Es indudable.

—Figurémonos que mañana, al volver usted á su casa, se encontrase con una citacion judicial por deudas, por... O bien que se presenta á usted un acreedor furioso...

—¡Ya! ¡Si yo me hallara en el caso que usted supone! Pero ni yo debo un cuarto, ni mi administrador permitiria que nadie... ¡bonito es él para!... Además, el deber no es un crímen; al contrario, en la sociedad de buen tono el no deber es sinónimo de no tener: este axioma, bien considerado, es mas profundo y mas exacto de lo que parece: ¿por qué no debe un pordiosero? porque no tiene, ó porque su caudal es negativo; tiene, pero es miseria. El crédito es oro; si yo tengo crédito, poco me importará no tener un duro en el bolsillo.

—Mirada la cuestion bajo ese aspecto, señor baron, usted debe ser poderoso.

—No comprendo.

—¿Sabe usted por qué no he subido yo antes aquí?

—Tal vez el asma...

—No hay tal asma, felizmente; no he subido, por evitar un escándalo en la puerta de mi casa, pues han venido tres personas á reclamar de usted cantidades que dicen se niega á satisfacerles; gracias, que al fin, los he aplacado con buenas palabras.

—¡Qué osadía y qué infamia!... prorumpe el baron poniéndose pálido como un difunto.—Y aun cuando fuese cierto, que no lo es; ¿por qué no han visto á mi administrador, que es quien maneja mis intereses? ¿Ha de estar uno en todo? Entonces ¿para qué sirven los criados?

—Dicen que han visto á un salvaje que se llama apoderado de usted, el cual los llenó de improperios y aun los amenazó con echarlos de allí á palos.

—Si en efecto han pasado asi las cosas, lo siento. ¡Es tontería! ¡No puede uno fiarse de nadie! Supongo, señor don Pablo, que usted no daria crédito á los imprudentes que...

—Dispense usted, señor baron, uno de ellos es amigo mio, persona incapaz de mentir.

Doña Toribia está horrorizada; Dolores mira con ojos de piedad al novio.

—¡Yo bajaré! ¡yo!... esclama el baron aparentando terrible cólera; presume que los acreedores ya no estarán en la tienda, pero se hace el desentendido.

—No los encontrará usted; responde el comerciante, comiéndose la partida.

—¡Es que yo!... ¡Vive Dios!...

—Acabemos, señor baron. Aquí todos estamos contentos con nuestra suerte; si usted quiere casarse, busque una jóven de su clase y olvide á Dolores, que no pretende salir de la esfera en que ha nacido, y que, Dios mediante, se casará con Crispin.

—¿Con quién?... ¿Con ese mancebo tan?... pregunta el baron escadalizado.

—Sí señor, con ese mancebo tan... Desdéñelo usted, compadezca si le place nuestra cuna, nuestras costumbres, nuestros modales, nuestra ignorancia, nuestra industria; laméntese de que no nos decidamos á renunciar á ellas por el porvenir que nos ofrece: yo le contestaré con el adagio: *Mi marido es tamborilero, Dios me lo dió y asi me lo quiero.*

El baron vacila entre replicar ó no al comerciante; pero comprende que le han conocido el juego, y prefiere ausentarse, viendo en el higuí, que tanto solaz proporciona á don Pablo, una especie de sátira de sus codiciosos deseos; con la diferencia de que el perro atrapará al fin las cortezas de queso atadas en el cabo libre del bramante, y él roerá el hueso de un desengaño. El bajel de su *Esperanza* se ha estrellado contra el escollo de un *No*, en el instante mismo de ir á entrar en el puerto.

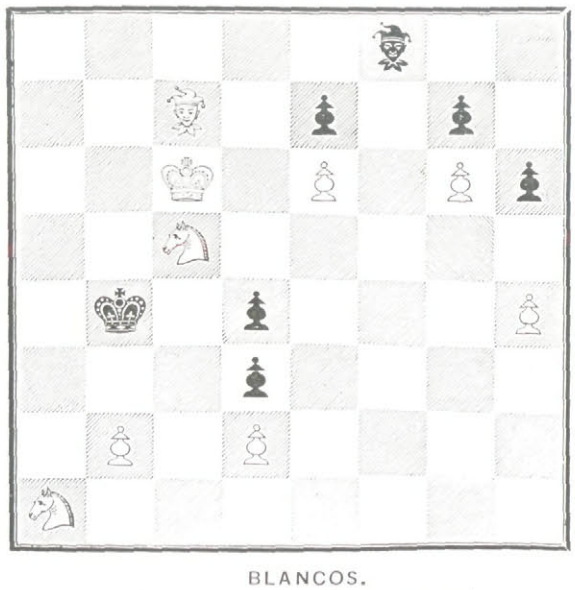
VENTURA RUIZ AGUILERA.

JUEGO DEL AJEDREZ.

PROBLEMA NUM. 13.

COMPUESTO POR DON CELSO GOLMAYO.

NEGROS.



BLANCOS.

(LOS BLANCOS DAN MATE EN CUATRO JUGADAS.)

LA SOLUCION SE PUBLICARÁ EN OTRO NÚMERO.

SOLUCION DEL PROBLEMA NÚM. 11.

Blancos.	Negros.
1.ª C 5 A D	1.ª P t C (A)
2.ª P 5 C D	2.ª R 2 C
3.ª P 6 C D	3. Cualquiera.
4.ª P ó A Mate.	
(A)	
1.ª	1.ª P 4 C
2.ª P 5 D	2.ª P t A
3.ª T 2 A R	3.ª P t P
4.ª T 8 A R Mate.	

SOLUCIONES EXACTAS.

Café nuevo del Siglo, don G. Dominguez, don Alfonso Pellico, don E. de Castro, don J. Alba, don V. M. Carvajal, D. V. Lopez, A. García de la Mata, de Madrid; don J. M. de Granada; don R. de la Figuera, de Lérida.

SOLUCION DEL PROBLEMA NÚM. III.

1.ª A 2 A D Jaq	1.ª C t A
2.ª D 8 T D Jaq.	2.ª R 5 C
3.ª D 8 C D Jaq.	3.ª R 5 T
4.ª D 5 C D Jaq.	4.ª P t D Mate.

SOLUCIO ES EXACTAS.

Café nuevo del Siglo, don E. de Castro, don U. Lopez, don V. M., don A. G. de la Mata, don G. Dominguez, de Madrid; don R. de la Figuera, de Lérida.

PROBLEMA COMPUESTO POR DON A. A.

NÚM. V.

Blancos.	Negros.
R 5 C R	R 2 D
D 5 T D	D c C D
T 8 T D	T 2 R
C 5 C D	A 5 A D
P 7 A R	

Los blancos dan mate en dos jugadas.

DIRECTOR Y EDITOR RESPONSABLE, D. JOSE GASPAR.
IMPRENTA DE GASPAR Y ROIG, EDITORES: MADRID, PRINCIPE, 4.